

Aurora alquímica¹

En una página de *Hacia un saber sobre el alma* María Zambrano habla de una ‘filosofía medicinal’², filosofía salvadora de la esperanza. Y ello después de haberse dedicado a construir, precisamente, un ‘saber sobre el alma’ que expresa la ‘razón poética’, “una idea de la razón en su integridad [...] nueva revelación de la Razón, a cuya aurora asistimos como a la Razón de la vida íntegra del hombre”.

Existe una tradición filosófica occidental que se puede definir implícitamente mediante las dos expresiones utilizadas por María Zambrano: se trata de la tradición alquímica. La alquimia es, en sentido estricto, ‘filosofía medicinal’, porque culmina en la preparación de un ‘fármaco’, el elixir, capaz de producir la salvación de la creación entera integrando operativamente la materia en la obra redentora cumplida a través de la Encarnación. Y es ‘razón poética’ en sentido primigenio, porque el saber alquímico se obtiene por medio del obrar (*poiein*), lo que los alquimistas denominan el *opus*, la transformación de la materia primera en el cuerpo sutil perfecto y vivo, irradiante de vida y perfección.

La centralidad de la transformación, que su misma indagación realiza, condujo a María Zambrano a reconocer explícitamente una valencia alquímica en su propio recorrido. En su estudio *A modo de autobiografía*, de 1987, declaraba: “Y entonces, después vino esa definición, que se me perdone, **de la filosofía, que es la transformación de lo sagrado en lo divino, es decir, de lo entrañable, oscuro, apegado, perennemente oscuro, pero que aspira a ser salvado en la luz [...]**; la aurora resulta la mediación entre lo sagrado y lo divino [...]. Es la salvación, es como el que ha estado en el fondo de una mina y asciende hacia la luz; esa es la transformación que puede ser alquimia también, pero alquimia del pensamiento claro, de la luz, y de ahí está o con ello está en conexión el culto a la Virgen María”³. Un año antes había escrito “Yo no lo sabía, pero desde hacía muchos años yo también andaba haciendo alquimia” (en *Cuadernos del Norte*, 1986).

Es posible que la atención explícita a la temática alquímica derivase en María Zambrano de dos fuentes. Por una parte, el conocimiento de los trabajos de Carl Gustav Jung⁴, y, por otra, la relación, durante sus años de estancia en Italia, con Cristina Campo y Elémire

¹ Estas páginas reproducen, con ligeras modificaciones y con el añadido de las notas, la intervención que presenté en el seminario “María Zambrano, filósofa dell’Aurora”, celebrado el 30 de octubre de 1998 en el Istituto Gramsci Toscano de Florencia. Estoy profundamente agradecida a Elena Laurenzi por haberme transmitido su conocimiento de María Zambrano, permitiéndome descubrir a esta filósofa de recorrido inusual, en un momento decisivo para la comprensión del sentido de mi propia investigación. La traducción de los fragmentos citados de la *Aurora Consurgens*, editada por M.L. von Franz en C.G. Jung, *GW*, XIII. 3, es mía.

² “La vida en crisis”, en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 101.

³ “A modo de autobiografía”, en *María Zambrano pensadora de la Aurora*, en *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura* (1987), nº 70-71, p. 72.

⁴ Las obras de Jung dedicadas a la alquimia se encuentran en los volúmenes XII, XIII y XIV (i-ii) de los *Gesammelte Werke* (1944, 1938-1954, 1955-1956 respectivamente). La editorial Trotta de Madrid está editando desde 1999 la

Zolla⁵. Pero la intuición fundamental que guía su investigación filosófica, esto es, que la filosofía moderna ha roto el vínculo con las *entrañas*, las vísceras –la materia oscura de la condición de la criatura–, y su intento de dar voz a una ‘razón poética’ que restablezca el nexo entre la vida y la palabra a través de una obra de transformación, tienen en sí mismos originariamente una sorprendente consonancia con la estructura de fondo de la alquimia.

En *De la Aurora* la temática alquímica aflora, como comprobaremos, en numerosas ocasiones. Pero más que esta recurrente presencia, lo que ha guiado mi lectura es el tema mismo de la aurora, que aproxima desde el título la obra de María Zambrano al texto tal vez más singular y elevado de la tradición alquímica medieval, la *Aurora Consurgens*. María Zambrano conocía esta obra (se remite a ella expresamente, como veremos, hacia el final de su libro), que fue publicada en el contexto de los trabajos de Jung, como apéndice al *Mysterium Coniunctionis*, en 1957, a cargo de Marie Louise von Franz⁶. Muchos de los motivos alquímicos que aparecen en *De la Aurora*

de María Zambrano se pueden reconocer en las páginas del texto medieval, que entreteje el lenguaje explícitamente alquímico y el lenguaje místico mediante el hilo simbólico trazado en siete ‘parábolas’ que recorren la serie de las operaciones constitutivas del *opus* transmutatorio, culminando en una evocadora recuperación de temas y palabras del *Cantar de los cantares*. Y un recorrido también parece poder rastrearse, siguiendo el hilo de las imágenes con valencia alquímica, en *De la Aurora*: un recorrido no lineal ni construido, que se articula siguiendo el ritmo secreto de lo que quiere manifestarse.

La Aurora emerge del agua amarga (II.3)⁷, que para Jung en el *Mysterium coniunctionis*, es la imagen de la sabiduría femenina, como una “aparición que ya no espera” (I.1.2); es el parto de la luz de la tierra: el parto de la naturaleza-materia, en el que los alquimistas recomiendan “esperar”, obedeciendo al tiempo⁸. La Aurora, en efecto, es el instante exacto (I.2.2), en que aparece la luz. Dice la *Aurora Consurgens*: “aurora’ es casi como decir ‘áurea hora’ porque esta ciencia encierra en sí el

Obra completa de este autor. El volumen 14 recoge el *Mysterium coniunctionis. Investigaciones sobre la separación y la unión de los opuestos anímicos en la alquimia*, Madrid, Trotta, 2002.

⁵ El interés de Zolla por la alquimia como parte integrante de la sabiduría tradicional encontró una síntesis definitiva en su obra *Le meraviglie della natura. Introduzione all'alchimia*, Marsilio, Venecia, 1991 (ed. original: Milán, Bompiani, 1975).

⁶ GW XIV (iii), 1957. Esta obra está traducida al inglés y al francés; he utilizado la edición francesa *Aurora Consurgens. Le lever de l'Aurore*, París, La Fontaine de Pierre, 1982 (en la edición española de las obras de Jung [véase la nota 4] no está incluido este libro por razones editoriales). De M.L. von Franz puede leerse en lengua italiana el ensayo: *Alchimia*, Turín, Boringhieri, 1984. Para la contextualización histórico-alquímica de la *Aurora consurgens*, texto tradicionalmente atribuido a Tomás de Aquino, me permito remitirme a mi *Arcana Sapienza, L'alchimia dalle origini a Jung*, Roma, Carocci editore, 2001, págs. 178-183. He analizado algunas cuestiones simbólicas centrales de esta obra en dos contribuciones recientes: “Principio femminile e rinnovamento del mondo. Per una lettura dell'*Aurora consurgens*”, en C.A. Cicali, D. Squilloni, A. Tirinato ed., *Rinnovamento e Mistero*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1999, págs. 96-113; “Il cuore dell'alchimia”, en *Micrologus. Natura, scienze e società medievali*, 12 (2003), en curso de publicación.

⁷ Las remisiones entre paréntesis indican las particiones del *De la Aurora* de M. Zambrano (Madrid, Turner, 1986).

⁸ En un texto alquímico fundamental para la tradición occidental medieval y moderna, el *Testamentum* (atribuido al filósofo catalán Ramon Llull, pero, escrito en realidad algunos años después de su muerte, hacia el 1330), el alquimista advierte a su discípulo del modo siguiente: “Si no produces la concepción, no tendrás la gestación, y si no tienes la gestación, no obtendrás el fruto. Cuando tu materia haya concebido, debes esperar al parto, y cuando haya parido, debes alimentar al bebé con paciencia”. (M. Pereira, B. Spaggiari, *Il “Testamentum” alchemico attribuito a Raimondo Lullo. Edizione del testo catalano e latino dal manoscritto Oxford, Corpus Christi College 244*, SISMEL – Florencia, Ediciones del Galluzzo, 1999, págs. 52-54).

momento en que los que obran rectamente obtendrán su áureo fin [...] la aurora es el momento intermedio entre la noche y el día [...] en la aurora los enfermos encuentran alivio a todas las enfermedades nocturnas y se calman [...] la aurora es denominada fin de la noche y principio del día o madre del sol”⁹.

La *prima materia* alquímica, “pura materia” (el cuerpo del sacrificio, la piedra: I.1.3) que el alquimista invoca en la *Aurora Consurgens* para arrancar su alma de las manos del infierno, para extraerla de debajo de la tierra como una riqueza enterrada¹⁰, se encuentra quizá –se pregunta María Zambrano– en “una huella de una tierra perdida [...] donde los elementos, los cuatro venerables elementos, obedecían a otras leyes, esos elementos de un ser perdido o de un modo de ser, más bien, irrecuperable, y que gime, llora y se retuerce [...]: antes de la palabra perdida se perdió [...] la danza gloriosa de los cuatro elementos, movidos por algún elemento escondido ahora” (I.2.3). La ‘piedra’ es el elemento escondido, corazón quintaesencial de los elementos, oculto dentro de la opacidad de la materia visible, y debe ser transformada, porque “si la piedra es sólo esta piedra que veo” (II.8) la palabra perdida no puede retornar a la luz. La *prima materia* es rociada, “lágrimas de la Aurora” (I.2.5) “lluvia especial de la Aurora indispensable para la transmutación” (II.1.4)¹¹. Es la luz salida de las manos del creador, que lleva consigo la palabra, y que ahora suspira y pide ser liberada (“algo que des-ofendería a las entrañas, humilladas por sólo alentar en su encierro, algo que abriría todas las cárceles del sentir, las prisiones donde el amor por definición gime” (II.9).

La obra que puede liberar la luz de su prisión se hace con el fuego, y así María Zambrano se refiere a la “liberación de los elementos de los contrarios mediante el fuego sutil de la Aurora” (I.2.3). Y esta obra es conocimiento, un conocimiento que, aunque para el pensamiento moderno occidental no tiene el estatus epistemológico de la filosofía, es, sin embargo, clave de la *Physis*, del cosmos y del ser humano que lo habita; de aquella *Physis* que poco a poco se convierte “en materia de un conocimiento sin contexto vital alguno” (I.5), y que es liberada como la paloma, que en la *Aurora Consurgens* es el alma del mundo.

El discurso alquímico de la Aurora culmina en II.13, donde se retoma el tema del parto de la tierra (“cuando el cielo abrazaba a la tierra dejándola dar a luz su entraña”) y se dice claramente que el fruto de este parto es la palabra (“La palabra, criatura viviente desde el principio, nacida y danza en corro [...] y su núcleo es] el nudo que ha de tener figura de cruz”). La cruz, la cuaternidad de los elementos nombrados de nuevo, y el círculo, la perfección total que ya se encuentra en el “ser primero”, pero que se nos da sólo como palabra “pasando por los elementos [...], arriesgando su ser primero, perdiéndose para llegar a ser esta palabra que ya conocemos, pero que era ya palabra humana, o encaminada a serlo. El vía crucis de la palabra que desciende y se corporiza. Y a medida que se corporiza se hace dependiente”. La alquimia de María Zambrano consiste verdaderamente en hacer que esta palabra “corporizada” se disuelva, para renacer como palabra viva.

No por azar, en el capítulo inmediatamente sucesivo reaparece un tema alquímico

⁹ *Aurora Consurgens. Le lever*, cit., pág. 68.

¹⁰ En la primera parábola, donde la liberación de la matriz quintaesencial de la realidad se presenta como liberación de la figura sapiencial divina, ella grita: “Sufrí todas las noches gritando, ronca se me ha quedado la garganta: ¿quién es el hombre vivo que todo lo sabe y entiende, que podrá arrancar mi alma de las manos del infierno? (*ibid.*, pág. 74).

¹¹ La identificación de la *prima materia* alquímica con el rocío se encuentra en una singular obra de la tradición occidental, el *Mutus Liber*, en la que todo el *opus* está representado con imágenes simbólicas sin palabras (en J.J. Manget, *Bibliotheca Chemica Curiosa*, Ginebra, 1702, vol. II, pág. 938/1-15).

bien conocido, el del rocío como materia primera de la transmutación (porque proviene del “agua de vida” y a ella conduce), con una llamada explícita al texto más singular de la tradición alquímica: el *Mutus Liber* –guía **sin palabras** al *opus*-. Y es en ese momento que María Zambrano propone la distinción entre ‘transmutación’ alquímica que concierne a las sustancias (y que tal vez por ello es muda) y ‘transformación’ filosófica, cambio de esencia (esto es, precisa Zambrano, de la cualidad y su relación) y de función. Por vez primera, en este punto de la obra, Zambrano cita a Nietzsche, (cfr. también *La llama*, 5; y VI.2) utilizando la metáfora alquímica de la “quintaesencia del filosofar”. A la luz de lo que volverá a decir en la conmovedora página final (“como si la muerte para él no existiera, como si estuviera cierto de una íntima y total transformación”), se comprende porqué, a continuación de la declaración de la esencia alquímica de la (propia) filosofía, hiciera suya una afirmación que atribuye aquí al mismo Nietzsche: “El cuerpo luminoso debe ser humanamente oscuro dentro de sí” (“Antes de esta su penúltima infancia, había escrito que el cuerpo luminoso queda en su interior oscuro”). Zambrano reconoce, pues, el riesgo de perderse que comporta toda transformación alquímica, principalmente aquella que se emprende para llevar a la luz el agua de vida que es la palabra (*Tres fragmentos*, 1,2).

Precisamente al comienzo de la tercera parte del *De la Aurora*, la valencia alquímica del parto de la palabra se aclara a través de la identificación de la palabra viva con el cuerpo glorioso, introducida como una pregunta:

“¿Será el cuerpo glorioso, él mismo, una palabra, la palabra perdida que al fin se enciende?”. El cuerpo glorioso es, para los alquimistas, el ejemplo con el que medir el cuerpo ‘perfectamente templado’ obtenido del elixir que, puesto en contacto con la materia del mundo y con el cuerpo del hombre, los hace semejantes a como eran en el orden perfecto de la creación antes del pecado¹². María Zambrano encuentra, pues, en la palabra de la Aurora, el principio de la resurrección, que los alquimistas identifican en el producto de la transmutación, el *lapis philosophorum*. La palabra “renace de su propia muerte y hace su propia Aurora, habiendo transmutado mediante una alquimia natural sus limitaciones en poesía” (III.9.3); ella es “el signo de una resurrección, signo de la Aurora, Aurora ella misma”. Creo que se encuentra precisamente aquí, en el tema de la resurrección, la razón más profunda de su relación con la alquimia¹³.

Es muy relevante la fórmula “alquimia natural”, utilizada por Zambrano: si por un lado ésta remite a la imagen organicista de la obra alquímica (similar al desarrollo del embrión y no a la construcción de una casa, como expone el *Testamento de Morieno*, el más antiguo de los textos de la tradición alquímica latina¹⁴), por otro parece referirse a una distinción –por el paralelismo– entre la “alquimia natural” que produce la palabra de la vida y la alquimia “artificial” de la tradición (la alquimia es *ars*), que produce la sustancia-elixir. El tema de la resurrección (del cuerpo glorioso) es, pues, la clave de ambas alquimias, la tradicional y la de María Zambrano. Porque la resurrección está en íntima correlación con el

¹² Debo remitirme de nuevo a un trabajo mío sobre la tradición alquímica medieval: “Un tesoro inestimabile. Elixir e ‘prolongatio vitae’ nell’alchimia del Trecento”, en *Micrologus. Natura, scienze e società medievali*, 1 (1992).

¹³ Al contrario que Simone Weil, claramente fascinada por el secreto alquímico, pero anclada en la cruz o, como sostiene Françoise Bornadel, “dividida entre un amor por el mundo creado heredado de los griegos y una desconfianza casi gnóstica por la materia, S. Weil oscila siempre entre el reconocimiento del papel mediador de la alquimia y un rechazo hacia ella, al advertir que a través suyo toma ‘cuerpo’ una esperanza que encuentra su verdad en la Eucaristía, definida (en la *Carta a un religioso*) como la única piedra filosofal verdadera”. F. Bonardel, *Philosophie de l’alchimie, Grand oeuvre et modernité*, París, PUF, 1993, pág. 327.

¹⁴ Morieno Romano, *Testamento alchemico*, trad. it., Roma, Atanòr, 1996, pág. 57.

hacerse luz de la (o quizá por la) palabra, luz-alimento¹⁵, concordante con la naturaleza luminosa de la quintaesencia (*La llama*, 1: “en algunas auroras muestra una especie de corporeidad azulada¹⁶ convirtiendo el cielo en agua de una diluida llama. La claridad más pura y verdadera que sea dado ver; la luz disuelta en una materia que no le ha resistido”).

La palabra que es la sustancia sutil de la quintaesencia (III.2: “¿por qué no ha de ser ella misma sustancia, entre todas, la sustancia primera...?”), paloma (III.3), fuego artífice (III.4: “llama [...] que puede crear, a su vez, algo no visto ni oído hasta entonces, eso que se llama una obra [...] danza operante [...]. Que junta y separa y así purifica”, y que, como el elixir¹⁷, se multiplica (*Tres fragmentos*, 3). El elixir es la **finalidad del opus** alquímico, pero en cuanto sustancia capaz de operar irradiándose (multiplicándose) es el **inicio de la transformación de lo real**. La palabra es el ‘fuego que baña’ (*Tres fragmentos*, 1: el transformarse del agua que arde – transformarse que reclama la distinción entre alquimia ‘natural’ y ‘artificial’).

La Aurora es, pues, la “misteriosa conjunción de los elementos” que produce el **nacimiento de la palabra**: nacimiento que es el

tema central de la tradición mística especulativa, el nacimiento del Verbo en el alma –y entonces se comprende por qué Zambrano, en el estudio autobiográfico citado al comienzo, conectaba la alquimia con el culto a la Virgen María¹⁸; y que es la lectura luminosa del *verbum interius* que se forma por obra del Intellecto Agente (*nous poietikous*). La alquimia ‘natural’ conduce, pues, a la palabra mística.

Y ésta es palabra-presencia, palabra-mirada, palabra que se manifiesta en las lágrimas y en el balbuceo antes (¿o más?) que en el lenguaje, palabra en la que culmina la “escalera de la vida”, palabra-ritmo, porque requiere el vacío, y palabra-música, porque retoma el continuum del silbido y del canto de los pájaros. Palabra mística, en la que la relación con lo real no pasa a través del concepto. El *Testamento* de Morieno afirmaba que la alquimia introduce a una ciencia distinta y desconocida¹⁹, y la *Aurora Consurgens*, que María Zambrano en este punto del texto cita explícitamente –porque en su profundo entretejido de lenguaje místico y referencias alquímicas pudo ‘reconocer’ la propia Aurora- habla de *scientia Dei*²⁰ Y he aquí que en las últimas páginas del *De la Aurora* desaparecen las referencias alquímicas, sustituidas por un saber-que-va-más-allá nacido del “amor por las tinieblas” (por la

¹⁵ Cfr. aún Simone Weil en sus *Cuadernos*: “Sólo existe una culpa: no ser capaces de alimentarse de luz”; “Transmutación de los metales en oro, figura de la transmutación de la materia en luz”. Los *Cuadernos* han sido editados por Editorial Trotta (Madrid, 2001).

¹⁶ El color azul cielo es la característica del agua de vida, *aqua ardens* o quintaesencia según Giovanni da Rupescissa, primero en introducir esta noción en la alquimia medieval, cuando escribió hacia 1350 su *Liber de consideratione quintae essentiae*.

¹⁷ El producto perfecto obtenido en el *opus* es capaz de multiplicarse, atribuyendo su propia perfección a los cuerpos imperfectos sobre los cuales se ‘proyecta’ (transformando en oro los metales corruptibles o infundiendo salud y longevidad al cuerpo humano).

¹⁸ El nexo entre el *opus* alquímico y la Virgen María es un tema muy querido de la tradición alquímica a partir de la época renacentista, y uno de los motivos centrales del célebre libro de Fulcanelli, *Il mistero delle cattedrali e l'interpretazione esoterica dei simboli ermetici della Grande Opera* (1926), trad. it., Roma, Ed. Mediterranee, 1994.

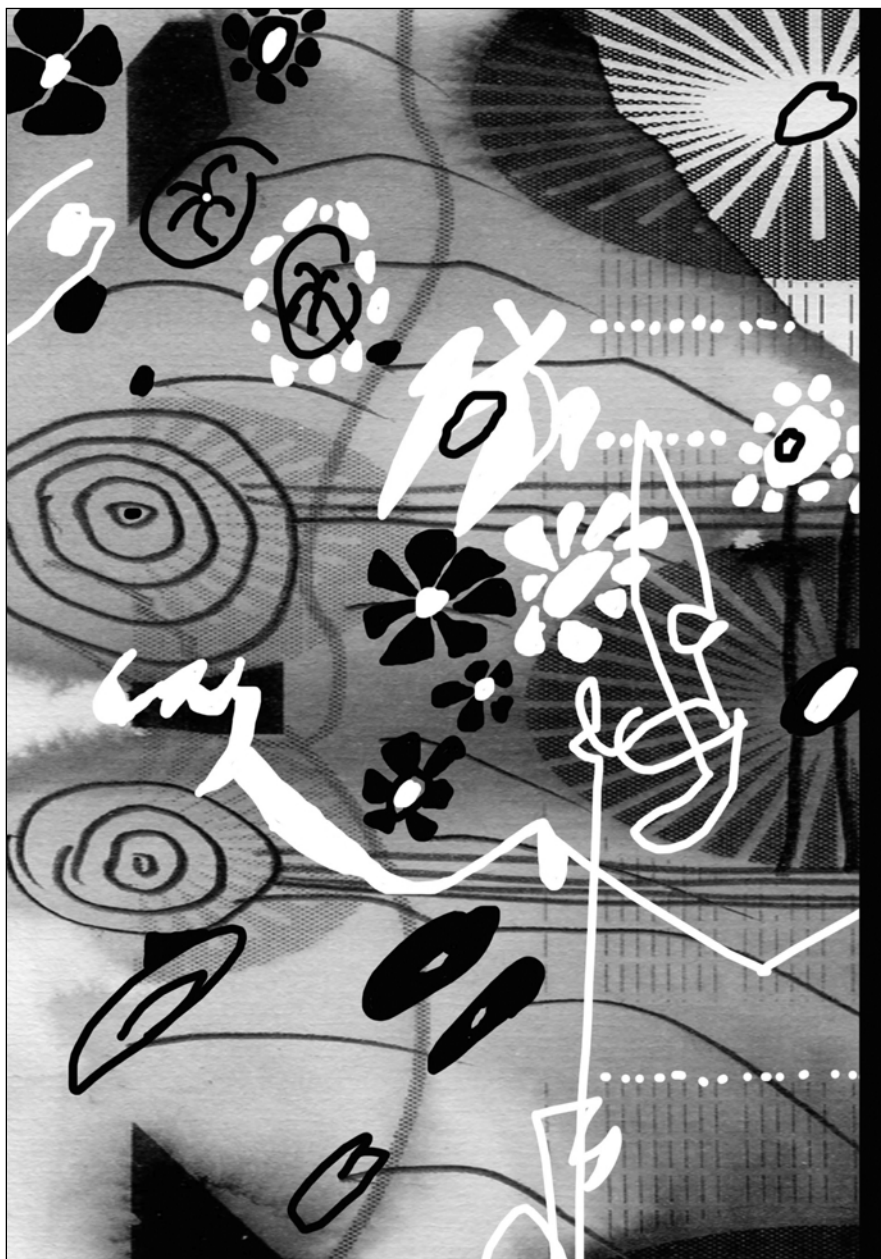
¹⁹ Morieno Romano, *Testamento alchemico*, cit., pág. 64: “Obra bien quien mucho persigue y mucho ama esta ciencia, porque por medio de ella será introducido en otra de la que hasta ahora no tenía conocimiento alguno”.

²⁰ *Aurora Consurgens. Le Lever*, cit., pág. 50: “Todos los bienes han llegado a mí junto aquella sabiduría del mediodía que predica al aire libre, hace oír su voz en las plazas, grita a la cabeza de la multitud, pronuncia su discurso a las puertas de la ciudad, diciendo: «Venid a mí y seréis iluminados, y vuestras obras no quedarán confusas; todos vosotros que me deseáis, seréis colmados con mis riquezas. Ánimo, hijos, venid: os enseñaré la ciencia de Dios”.

materia, “la compañera oscura de la luz [...] sombra hermana”, *La llama*, 3): la Aurora se desvela finalmente, más allá de toda posible metáfora, “luz que redime las tinieblas, inima-

ginable luz, pero lo único que apacigua y apetece el inquieto corazón de toda criatura”²¹.

Traducción: Rosa Rius Gatell



RAFAEL ROMERO, “Garden” 031

²¹ Que la alquimia conduzca ‘de las tinieblas a la luz’ (*de tenebris ad lucem*) se afirma en uno de los textos más antiguos de la tradición latina, los *Septem tractatus Hermetis* o *Tractatus Aureus*, traducido del árabe en el siglo XII, y que fue hasta el siglo XIX una de las más autorizadas referencias de la tradición occidental: Hermetis Trismegisti, *Tractatus Aureus de Lapidis Physici Secreto*, en J.J. Manget, *Bibliotheca Chemica Curiosa*, cit., vol. I, págs. 400-445.